

# Humboldt y México: un amor correspondido

ENRIQUE KRAUZE



*Para Sara y Jorge Graue*

N TAXCO, SITIO de una de las primeras minas de plata que los españoles explotaron en la Nueva España, hay una noble casa que el tiempo y la tradición han bautizado como la "Casa de Humboldt". En la ciudad de Cuernavaca y en otras poblaciones que el barón alemán visitó durante su viaje científico de once meses y medio por el Reino de la Nueva España, existen lugares que perpetúan su nombre. La fachada de una casa del viejo centro de la ciudad de México (antigua Calle de San Agustín No. 3) consigna en una placa las fechas de su estancia en la ciudad cuyos edificios neoclásicos le recordaban a París o San Petersburgo, y cuyo progreso artístico e intelectual admiró tanto: "Ninguna ciudad del nuevo continente, sin exceptuar las de los Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la ciudad de México". A unos pasos, en el lugar de la cruz atrial del antiguo convento de San Agustín que desde hace más de un siglo aloja a la Biblioteca Nacional, se levanta una estatua de Humboldt develada durante las Fiestas del Centenario de la Independencia en septiembre de 1910.

"Tengo cincuenta y dos años de edad —escribió Humboldt en 1822, a su hermano Guillermo— y mi espíritu es muy joven todavía. Mi resolución está tomada y es firme.

Quiero salir de Europa y vivir bajo los trópicos, en la América Española, en un lugar donde he dejado algún recuerdo y en donde las instituciones se armonizan con mis anhelos... Tengo un gran proyecto de un gran establecimiento de ciencias en México, para toda la América libre... Mi idea es acabar mis días de un modo más agradable y más útil para la ciencia, en una parte del mundo donde soy extraordinariamente querido, y en donde todo me da razones para esperar una existencia dichosa". Al menos en cuanto al afecto de los mexicanos, no se equivocaba. Sin excepción, todos los mexicanos ilustrados de la época le profesaron un amor sin cortapisas. Lucas Alamán, el intelectual más distinguido de la primera mitad del siglo XIX, le escribió hacia 1825, en su calidad de Ministro de Negocios Extranjeros: "Por vuestras luminosas obras... puede formarse una idea de que México llegará a ser regido por una buena constitución, ya que este país posee todos los elementos indispensables para su prosperidad... su lectura no ha contribuido poco a avivar el espíritu de independencia que germinaba en muchos de sus habitantes, y a despertar a otros del letargo en que los tenía

la dominación extraña. La nación entera está pletórica de gratitud por vuestros trabajos".

México lo invitaba formalmente a volver y Humboldt expresaba su deseo de contemplar de nueva cuenta "las majestuosas cordilleras de Anáhuac, de estudiar otra vez sus producciones naturales y de gozar del placer de ser testigo de la felicidad creciente que debe nacer en vuestra república del seno de las instituciones libres y de las artes de la paz".

Este intercambio epistolar de entusiasmos casi mesiánico, ocurría durante los años que siguieron a la Consumación de la Independencia de México, en el momento de una fugaz esperanza colectiva que pocos habían ayudado a inspirar tanto como Humboldt. El ánimo correspondía puntualmente a sus reflexiones sobre la riqueza y potencialidad del suelo mexicano. Los criollos mexicanos —herederos por fin, tras una espera de tres siglos, de la antigua Nueva España— llegaron a leer el célebre ensayo de Humboldt publicado en 1811 más como una profecía nacional que como un libro científico:

El vasto reino de Nueva España, bien cultivado, produciría por sí solo todo lo que el comercio va a buscar en el resto del globo: el azúcar, la cochinilla, el cacao, el algodón, el café, el trigo, el cáñamo, el lino, la seda, los aceites y el vino. Proveería de todos los metales, sin excluir aún el mercurio; sus excelentes maderas de construcción y la abundancia de hierro y cobre favorecerían los progresos de la navegación mexicana; bien que el estado de las costas y la falta de puertos... oponen obstáculos que serían difíciles de vencer.

El tiempo y la dura realidad desmentirían casi todos los entusiasmos. Durante largas décadas, México no consolidaría sus instituciones libres, no cosecharía los frutos de su legendaria (y sobrevalorada) riqueza, ni conocería la paz. Por el contrario: viviría un largo, caótico período de guerras civiles e internacionales, de bancarrota y desprestigio, de desorientación ideológica y moral que lo llevaría a perder la mitad de su territorio y lo conduciría hasta el borde de la desintegración nacional. Este país "de revoluciones" y pronunciamientos, cerrado en su mentalidad y sus instituciones, repelía por su violencia a las corrientes de inmigración típicas del siglo XIX. No hubiese podido alojar el paraíso de la ciencia que el sabio alemán tenía en mente. Humboldt, por su parte, no era tan libre como las proclamas de su filosofía. El rey de Prusia tenía otras encomiendas para él. Durante la década de los veinte y treinta atenuó su nostalgia fungiendo como una

especie de cónsul general honorario de México: asesoró empresas europeas (inglesas, alemanas) que invirtieron en México, prestó múltiples ayudas a mexicanos en Europa.

Nada había faltado en su vida fascinante. Colocado en el gozne de dos siglos, había sido un protagonista de la Ilustración alemana; había conocido a Schiller y Schlegel; a juicio de Goethe, Humboldt destacaba sobre toda su generación "en conocimientos y en saber vividos. Nadie abarca más; todo lo domina y, en cualquier asunto, nos da alimento con sus tesoros espirituales". Había presenciado los prodigios y desventuras de la Revolución Francesa, cuyos ideales de libertad lo habían marcado tanto como la filosofía kantiana. Desde el corazón de Europa, fue testigo de todas las perplejidades de la primera mitad del siglo XIX: la revolución parisina de 1830, las revueltas europeas de 1848, las luchas nacionales, el ascenso del socialismo, el fantasma del comunismo, la guerra de Crimea. En su madurez parisina conversaba con Heine y desconfiaba de Marx. Pero aún viviendo en aquella capital del siglo XIX lo azuzaban los recuerdos del remoto país que había dejado un 7 de marzo de 1804.

Durante el siglo XIX, liberales y conservadores podían diferir sobre todos los temas imaginables —y matarse por ellos— salvo en la admiración por el Barón de Humboldt. El célebre villano de la historia mexicana, el operático general Antonio López de Santa Anna que entre 1833 y 1853 fue 11 veces presidente de la República, lo premió en 1854 con la Gran Cruz de la Orden de Guadalupe, reconocimiento que Humboldt agradeció de esta forma: "Habiéndoseme concedido la más amplia libertad para determinar, yo el primero, por medio de medidas directas, la maravillosa configuración del suelo mexicano, y para observar la influencia de esa configuración sobre el clima y la variedad de la cultura, pude dar a conocer a la Europa, con la publicación del *Ensayo Político sobre México*, el valor de las riquezas minerales y agrícolas del vasto país, cuya prosperidad, confiada a vuestra sabiduría, es el objeto de vuestra constante solicitud". Tres años más tarde, el gobierno que derrocaría a Santa Anna, presidido por el liberal moderado Ignacio Comonfort, dispondría la fundación de tres ciudades en el Istmo de Tehuantepec —cintura de México en la que se construía el primer ferrocarril que uniría a los dos océanos. Una de esas ciudades llevaría el nombre de Humboldt. El proyecto fracasó porque cuatro meses después estalló la Guerra de Reforma entre liberales y conservadores. Al poco tiempo, en 1859, Humboldt moría, a los 90 años de edad. Al enterarse, el gobierno liberal radical presidido por Benito Juárez se apresuró a declarar "Benemérito de la Patria al Sr. Barón Alejandro de Humboldt" y ordenar a Italia, por cuenta del tesoro de la República, la hechura de "una estatua de mármol que se colocaría en el Seminario de Niñas de la ciudad de México con una inscripción conveniente".

El de Humboldt y México fue, sin duda, un amor mutuamente correspondido. "¿Usted ha viajado por México?, preguntó ya en su vejez Humboldt a un periodista norteamericano apellidado Taylor. Y lanzando un suspiro, agregó:

¡Cuántos recuerdos me ligan a México! ¡Qué hermosas montañas las de México! Aquellos conos de nieve perpetua es lo más hermoso del mundo; esas cabezas de nieve majestuosa que se elevan en medio de la brillante vegetación de los trópicos.

Afiliado a la teoría de los "plutonistas" que creían en el origen volcánico del orden natural, Humboldt debió sentir por México una particular reverencia no sólo estética sino científica. Quizá por eso hablaba una y otra vez de los volcanes mexicanos y conservaba un dibujo suyo del Pico de Orizaba, la montaña más alta del territorio mexicano. Lo juzgaba más bello que los Himalaya.

\*\*\*

El tiempo no dañaría aquella historia de amor correspondido. Ningún otro extranjero ha mantenido en México un prestigio similar. No es difícil explicarlo: Humboldt fue un partero de la conciencia mexicana. Su *Ensayo* aparecería en 1811, a los pocos meses de estallada la guerra de Independencia. Con el tiempo, alcanzaría varias ediciones (la primera en español es de 1822) y provocaría innumerables comentarios en la prensa francesa, alemana, inglesa y norteamericana. En el nacimiento de esta nación, los mexicanos no requerían sólo de un mito de fundación que los vinculara a las glorias de los emperadores aztecas y justificara su separación del tronco español. En el crepúsculo de las Luces y alba del romanticismo, fin de la era virreinal y comienzo del periodo independiente, los criollos necesitaban un evangelio científico irrefutable sobre el país que heredaban —que reconquistaban—, una obra que no sólo recogiese mucho de lo que varias generaciones de ilustrados mexicanos habían investigado en todas las ramas del saber (historia, economía, geografía, mineralogía, botánica, geología, arte, etc...) sino que, sintetizando esos conocimientos, los divulgase en Europa desmintiendo las leyendas negras que corrían sobre la degradación congénita de América y apuntalando definitivamente la idea de un México respetable y promisorio. Humboldt no fue, desde luego, el primer extranjero en estudiar a México. Fue el primer extranjero ilustrado de prestigio mundial —es decir, europeo— en apreciarlo. En esencia, dio a México su carta de naturalización en la historia occidental.

"El *Ensayo político* —escribió el Doctor José María Luis Mora— satisfizo la expectación pública y dio a conocer a México como hasta entonces no lo había logrado ninguna obra". Lorenzo de Zavala, que en 1827 dio a Humboldt la ciudadanía honoraria del Estado de México, lo admiraba porque sus "pinturas, exactas en su mayoría, habían inspirado un interés vivo de conocer aquellas regiones, secuestradas del resto de las naciones por el gobierno español". Por decenios, la obra de Humboldt fue el abrevadero que sirvió a propios y extraños como lo más cercano a un censo nacional. En su *Historia de México*, Alamán sintetizó la trascendencia del *Ensayo*: hizo "conocer esta importante posesión a la España misma..., a todas las naciones..., y a los mismos mexicanos".

El despliegue de muchos de sus datos frente al presidente Jefferson en la visita que le hizo a Washington tras de dejar México en 1804, la amistad que se entabló entre ellos desde entonces y la correspondencia que mantendrían por años, arrojarían con el tiempo un tenue velo de sospecha sobre Humboldt. Según el historiador Bancroft, a Humboldt "le complacía" la pretensión expansionista norteamericana. El argumento es insostenible. Más que abrir el apetito del "destino manifiesto", lo que Humboldt logró en un principio fue

dispar la densa ignorancia de los norteamericanos sobre los valores científicos y artísticos de México y, señaladamente, sobre el valor de la revolución de Independencia: "Su obra —le escribió Jefferson hacia 1817— ha aparecido exactamente a tiempo para guiar nuestra comprensión de la gran revolución política que ahora coloca a esos pueblos en lugar prominente del escenario mundial". En los tiempos de la invasión, manifestó sus temores de que "precisamente el engrandecimiento territorial trajera consigo circunstancias que impidieran el propio desarrollo de las instituciones libres, que son y deben ser del pueblo norteamericano".

\* \* \*

Con todo, la continuidad de Humboldt en México y su sorprendente vigencia en nuestros días reside además en otro aspecto de su obra: su ideario liberal. Un notable pensador del siglo XIX, Ignacio Ramírez, proponía nada menos que la "humboldtización" de México, es decir, la adopción plena del programa liberal que el sabio alemán propuso en algunos capítulos de su *Ensayo*. Para cuando Ramírez formulaba su neologismo, la historia mexicana, al menos parcialmente, lo había adoptado. Humboldt había criticado el pasado colonial en sus aspectos políticos, económicos, sociales, culturales y religiosos. Para que las riquezas físicas y humanas de México pudiesen florecer no había más camino que el de la libertad interior y la apertura al mundo. México había sido —a juicio suyo— un país encerrado en sí mismo, una fortaleza dentro de otra, prisionera de sí misma y de una triste historia de despotismo político, monopolio económico, corporativismo social y fanatismo religioso. Había que abrir el país a la inmigración, la colonización, la enseñanza libre y laica, el comercio exterior; había que fomentar la industria manufacturera, diversificar la minería, reformar la estructura feudal de la agricultura. Por eso le entusiasmaban los avances científicos que encontró en la ciudad de México debidos al trabajo de sabios como Velázquez, Gama, Alzate: en ellos veía el embrión de lo que podía germinar en otros campos de la vida nacional. Humboldt, es verdad, fue ciego a los prodigios del arte arquitectónico en México (con ignorancia o desdén, apuntó, por ejemplo, que el Sagrario de la catedral mexicana era de estilo "morisco o gótico"); pero su insensibilidad, en todo caso, era pecado de la época. En definitiva, su ideario mexicano suponía un *escape histórico* de la "teocracia" prehispánica y virreinal; un salto de siglos hacia la civilización occidental del siglo XIX. En varios lugares de su *Ensayo* Humboldt extrajo, si bien tibia o respetuosamente, la conclusión natural de sus ideas: sólo un país libre e independiente, gobernado por los criollos tradicionalmente relegados por la metrópoli, podía asumir un proyecto así. La premisa del ideario era una sola, "adelantar la cultura moral" de los hombres, y ésta —creía Humboldt siguiendo a Kant— "sólo es resultado de la libertad individual". El siglo XX, purgado de sus propios horrores totalitarios, ha redescubierto la vigencia de ese valor.

Humboldt fue un padre generoso de la conciencia mexicana y un padre audaz del liberalismo en México. En el primer caso la simiente que plantó dio resultados tangibles: México no es sólo un país consciente de sí mismo, es incluso un país obsesionado consigo mismo, que para romper su ensimis-

mamiento hace bien en seguir ahora las pautas de apertura que el propio Humboldt aconsejó. En cuanto a su segundo legado, es obvio que México no es precisamente una meca del liberalismo, pero los mexicanos gozamos de libertades cívicas reales que ya hubiese querido la propia patria de Humboldt durante buena parte de su historia, sobre todo en el siglo XX. Si la "humboldtización" de México se limitara a estos dos legados de autoconocimiento y autoestima nacional y de liberalismo puro, se justificaría con creces su memoria viva. Pero lo extraordinario del caso es que la obra de Humboldt encierra mensajes vigentes no para este siglo sino para *esta hora* de la vida mexicana. Me refiero, claro, a su sensibilidad social, y en particular, a su comprobación de la lacra mayor en la historia de este país.

\* \* \*

"México —notó Humboldt en 1803— es el país de la desigualdad. Acaso en ninguna parte la hay más espantosa en la distribución de fortunas, civilización, cultivo, de la tierra y población". En ese cuadro de contrastes sin estado intermedio, entre lo rico y miserable, lo noble y lo infame, nada lo impresionó más que la condición de los indios, que en ese momento componían el 60% de la población.

Humboldt era un observador científico, no un sentimental romántico, lo cual vuelve más preciosas sus consideraciones. Sin pontificar, partiendo de observaciones y analogías, insistiendo siempre en el carácter provisional de sus conjeturas psicológicas, advierte en el indio cualidades que sin ser congénitas, le parecen arraigadas: "El indígena mexicano es grave, melancólico, silencioso...no se pintan en su fisonomía aun las pasiones más violentas; (pero) presenta un no se qué de espantoso cuando pasa del reposo absoluto a una agitación violenta y desenfrenada. El indígena del Perú tiene costumbres más dulces; la energía del mexicano degenera en dureza". Junto a esta imagen de ferocidad, Humboldt presenta un extraordinario retrato histórico de la pasión mexicana por las flores. Por un momento, la pluma neoclásica se vuelve romántica. Humboldt anticipa a Diego Rivera y describe el delicado y multicolor entretejido de flores y frutos en un mercado indígena. Por un lado el culto de los sacrificios; por otro, el culto a la belleza y la sensibilidad de alma. ¿Cómo aclarar el misterio?

El indio mexicano no liberaba su potencialidad para lo bello y lo bueno, ni se apartaba de sus costumbres de la degradación y la violencia, porque sobre él recaía aún la doble herencia opresiva del despotismo azteca y español. Los peores tiranos del indio —sostenía Humboldt— eran los propios indios de la decadente nobleza, caciques coludidos con los sacerdotes y los alcaldes mayores. Esa triple alianza del poder étnico, el sacerdotal y el político, mantenía al indígena en una permanente minoría de edad. La vigencia de las benévolas Leyes de Indias (expedidas por el emperador Carlos V en 1542 para proteger a los indios) era, a juicio de Humboldt, el anacronismo mayor de aquella hora:

En un siglo en que se disputó con toda formalidad si los indios eran seres racionales, se creyó hacerles un gran beneficio tratándolos como menores de edad, poniéndolos bajo la tutela de los blancos y declarando nulo todo instrumento firmado por un indígena... y toda

obligación... Estas leyes que están aun en pleno vigor ponen una barrera insuperable entre los indios y las demás castas, cuya mezcla está también prohibida. Miles de aquellos habitantes están impedidos de tratar y contratar y condenados a... ser una carga para sí mismos y para el estado a que pertenecen.

Para atenuar la desigualdad entre clases y castas, la receta de Humboldt no pasaba por el fortalecimiento del Estado paternal; mucho menos por el establecimiento de santuarios indígenas aislados. Pasaba justamente por la liberalización que sus seguidores en el siglo XIX pondrían en práctica: igualdad civil ante la ley, reparto individual de la tierra, fin del sistema tutelar, plena libertad de los indios para moverse y establecerse en todo el país, y para tratar y contratar con otros ciudadanos. Amparados en esta legislación, muchos atropellaron los derechos legítimos de los indígenas aprovechándose de su ignorancia, acaparando sus tierras y contratando su trabajo en términos casi serviles. Pero esa misma legislación liberó también a vastos contingentes indígenas que escaparon étnica, cultural y económicamente de su condición, hacia zonas más ricas y abiertas.

El verdadero milagro de México, el mestizaje de infinidad de grupos, clases y etnias, tomó un impulso definitivo en el México liberal del siglo XIX. "La fusión —escribía Mora a propósito de los cambios igualitarios introducidos en el país a raíz de la Independencia— se ha verificado sin violencia, y continúa progresando, de manera que después de algunos años no será posible señalar, ni aun por el color, que está materialmente a la vista, el origen de las personas". Mora tenía razón. Gracias al legado liberal —que debe tanto a Humboldt— México es un país sin graves tensiones étnicas. En este sentido, es Europa —y muy en particular Alemania— la que en el siglo XX debió haber adoptado la "humboldtización". México había instaurado ese pacto de convivencia y tolerancia étnica desde el siglo XIX.

Hoy México vive un nuevo capítulo de aquel espectáculo de desigualdad que estudió y dictaminó Humboldt. Pero no hay que engañarse: se trata de un capítulo marginal. En Chiapas

no hubo orden liberal ni mestizaje, sino una continuidad de las antiguas pautas de opresión y discriminación. Por eso mismo, la única solución es la solución probada: no la perpetuación de un régimen tutelar (con la férula de la Iglesia o del Estado, da lo mismo) sino la consolidación de la libertad civil y la igualdad ante la ley. En ese marco de respeto a la individualidad del indio, cabe —urge— la acción práctica, juiciosa, misericorde del sector moderno de la sociedad y del Estado. "Es del mayor interés... mirar por los indios y sacarlos de su presente estado de barbarie, de abatimiento y miseria". Formuladas hace casi dos siglos, sus palabras son un programa y un llamado a los mexicanos de hoy.

Tres legados: una nacionalidad independiente, libertades cívicas tangibles, rechazo firme de las diferencias de fortuna, clase, color. Tres valores: fraternidad, libertad, igualdad. La propuesta de Humboldt sigue vigente. La historia de amor entre el barón alemán y la patria mexicana, venturosamente, continúa.

#### BIBLIOGRAFÍA

Luis González y González, "Humboldt y la revolución de Independencia", en *Ensayos sobre Humboldt*, México, UNAM, 1962.

Alejandro de Humboldt, *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, México, editorial Porrúa, 1973.

Krumm-Heller, "Esbozo biográfico del barón Alejandro de Humboldt", en *Memoria científica para la inauguración de la estatua de Alejandro de Humboldt*, México, Müller Hnos., 1910.

José Miranda, *Humboldt y México*, México, editorial UNAM, 1962.

Juan A Ortega y Medina, Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de la obra *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*, de Alejandro de Humboldt, México, editorial Porrúa, 1973.

David. A. Brading: "Un viajero científico", en *Orbe Indiano*, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Alfonso Reyes: "Rumbo a Goethe", en *Obras completas*, tomo XIV, 1994. ❧

